

La chica de los pantalones rameados

(CUENTO)



AMBIE el número de mi billete del autobús para colocarme a tu lado, Rosario.

Te vi en la sala de espera de la estación de autobuses de Cáceres.

Tus originales pantalones azules y rameados en blanco, juntamente con tus bellos ojos rasgados, el perfecto óvalo de tu cara y, hasta tu solemne seriedad, me resultaron atrayentes y sugestivos. Te seguí con la vista, a una prudencial distancia. Te levantaste de tu asiento a las cuatro y diez de la tarde, cuando abrieron las puertas del autobús y tu escultural cuerpo de reina egipcia, se alzó como una palmera triunfante en juventud primaveral.

Cogiste una maletita y un bolso de mano y subiste para ocupar tu asiento, el número ocho del autobús, junto a una ventanilla lateral. Yo tenía mi billete marcado con el número 22. Saqué, al instante, mi borra, bolígrafos y eliminé un dos, y del otro hice un siete. Me senté, muy seguro, a tu lado. Tenías unas novelas de Corín Tellado, entre las manos. Todos los viajeros miraban tus encantos. Estabas esplendorosa.

No ibas pintada. Tus ojos eran virginales y amplios.

Llegó el viajero del billete número siete y me increpó:

—Ese asiento que ocupa usted es el mío. Mire el billete. Se ve bien claro el número 7.

—Está usted confundido. Mire mi billete. El núm. 7 lo tengo yo.

El cobrador, que había seguido totalmente mi juego de borrar el número, sonrió, comprensivo e indulgente...

Volvió a insistir el hombre:

—Pues aquí dice el número 7, bien claro, en mi billete.

—Y en el mío. Y ya estoy ocupando mi asiento. No moleste, por favor.

El viajero se rindió.

Me ayudó el cobrador, señalando al viajero:

—Mire, ahí está libre el asiento 22 que es muy bueno. Puede ocuparle usted.

Accedió el viajero, de mal grado:

—Bueno... Bueno...

La chavala de los pantalones azules rameados, seguía, disimulando, el juego, con gesto disculpante. Dirigió sus ojos hacia el andén. Sonó un silbato. El conductor ocupó su asiento. Hubo, en el andén frases de despedida. Calor máximo. Mucho calor. El conductor cogió el botijo del agua, que estaba a sus pies y echó un buen trago. Se lo solicitó y bebí. Se lo ofrecí a la chica de los pantalones rameados:

—¿Quiere usted?

—No.

—¿Dónde va?

—A Badajoz.

—¿Viene de muy largo?

—De Barcelona.

Procuré sacar jugo de la palabra y me enrollé:

—¡Ah! ¿De Barcelona?. Allí me ocurrió una cosa muy curiosa. Yo tenía novia formal el año 1936, allí. Cuando estalló la guerra, ella, Charo, y sus padres se fueron a Francia. No me preocupé nada de ella. No supe nada de su vida y milagros. Pero el año 1948, o sea, doce años después, fui a Barcelona, estando todavía soltero y, una noche, acudí a una sala de fiestas, donde únicamente concurrían chicas de vida alegre.

Me acerqué al mostrador del bar, pedí mi consumición habitual y, en el otro extremo de la barra, vi a mi Charo, alternando, muy animadamente, con otro joven, alto y guapote. La miré muy fijamente y ella se fue al poco rato, hacia los lavabos. Volvió después y se situó muy cerca de donde yo estaba. No pude contenerme y le dije, sin más:

—Charo. ¡Tú eres mi Charo!

Estaba guapísima, con sus 32 años en el cuerpo. Charo me miró muy severa y fijamente:

—¿Cómo dice usted?

—¿Pero no me recuerdas? Yo soy Antonio Medina, tu novio primero...

¿Antonio Medina, mi primer novio? Tiene que haberse confundido, a la fuerza. Yo soy Carmela Lucena.

—No trates de disimular. Tú eres mi Charo... Te sigo queriendo.

—Le digo que se ha equivocado de puerta...

—No seas tonta. ¿A qué viene eso, Charo...?

—Le repito, por última vez, que yo soy Carmela Lucena.

Comprendí lo que por ella estaba pasando, por dentro y respeté a su deseo de ser otra, ante mí, su primer novio. Charo, todavía tenía sentido de su propia dignidad ante su Antonio. La dejé disfrutar de su honroso triunfo.

—Ah, sí, claro, debo de haberme equivocado... Es que se parece usted mucho a esa chica que yo le digo que fue mi primera novia. Perdone.

—¿Quiere tomar algo conmigo?

—Para eso estoy aquí, para hacer beber y gastar el dinero a los clientes. Ese es mi oficio. Llevo el cuarenta por ciento del descorche. Vamos a tomar una botella de champán, que es lo más caro y lo que más me deja...

—¿Y desde cuándo estás en este oficio?

—Desde que tuve un novio y no se volvió a ocupar de mí, cuando me vinieron mal las cosas y marché a Francia.

—¿En qué año?

—En el 36.

—Tremendo año... Todos nos olvidamos de los demás. El odio triunfó sobre el amor. La muerte pudo más que el sol de la divina vida...

—¿Y usted, se preocupó de su novio?

—Yo no pude. A los pocos días de llegar a Francia, me puse muy enferma del pecho, y así estuve en un sanatorio, tres años... Luego, los alemanes nos llevaron a un campo de concentración, muy duro... Luego... Bueno... Vamos a dejarlo... Vamos a tomar otra botella de champán...

—Vamos... ¿Sabes que me gustas mucho, Carmela Lucena?.

—Es correcto... ¿Y tú, como dices que te llamas?.

—Antonio Medina.

—¡Ah!

Seguimos charlando, bebiendo y bailando, hasta que cerraron el establecimiento. Amanecí no sé cómo, en su casa, sin querer reconocernos ninguno de los dos. Pasé una noche de placer y tormento, innarrable. A ella, creo, que le ocurrió igual. En la despedida, ambos nos portamos sabios y enteros.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando tú quieras volver a estar una noche con Carmela Lucena.

La chica de los pantalones rameados siguió, con escaso interés, mi relato..

Ataqué por otro lado:

—¿Casada?.

—Sí.

—¿Dónde está su marido?.

—En Barcelona.

—¿Y vendrá a buscarla a Badajoz?.

—Sí, dentro de tres días.

—¿Y con quién vivirá usted en Badajoz?.

—Con una hermana de mi marido.

Quedé un poco demolido. Quedé callado. Pasábamos kilómetros y kilómetros muy lentamente. El calor era tremendo. La chica de los pantalones rameados que no pasaría de los veinte años, sacó un paquete de cigarrillos rubios y un encendedor de oro y se puso a fumar, con deleite.

—Bonito encendedor.

—Sí.

—¿Un regalo?

—No me acuerdo.

La tuteé:

—Eres muy desmemoriada...

No contestó y se puso más seria, todavía.

Seguíamos todos notando el calor. El autobús paró en la Pueba de Ovando, junto a un bar y pregunté a la chica:

—¿Quiere bajar a tomar algún refresco?

—No.

—¿Quiere que yo le suba algo?

—No.

Bajé y tomé una fresquísima cerveza. Estuve por subir al autobús con otra para la chica de los pantalones rameados, pero no lo hice, pensando en su tozuda seriedad.

Ambos los últimos kilómetros, nos mantuvimos en absoluto silencio.

Llegó el autobús a Badajoz a eso de las seis y media de la tarde. Bajamos.

—Adiós, Charo, porque te llamas Charo...

—Sí, ¿Cómo lo sabes?

—Lo he adivinado. Adiós, Charo.

—Adiós, Antonio Medina... Ya sabes: Puedes buscarme la noche que quieras pasarla con Carmen Lucena, con tu nueva Carmen Lucena...